

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

DECENARIO POPULAR CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
20 » » » » 1 pta. » »	
100 » » » » 5 » » »	
500 » » » » 25 » » »	
1000 » » » » 50 » » »	

«Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO A SUS DISCÍPULOS)

Tirada mensual de este periódico
22.200 EJEMPLARES

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE.—Gijón.

¡Aquí me tenéis!...

(Un comedor; sobre la mesa no quedan otros rastros del condumio que un jarro de agua y una tacita de café, ya vacía. Delante de ésta un hermoso gato de color plumizo sueña en... Pero... ¿quién puede nunca saber en lo que sueña un gato?)

Un sacerdote y un caballero hablan con bastante animación.)

—Usted no es párroco... usted es una anguila...

—No soy, afortunadamente, ni lo primero ni lo segundo...

—En fin, sea lo que sea, ya he logrado echarle el guante, y ahora no se me escapa. Sepa usted que mi mujer y mi hija me envían como embajador, con objeto de preguntar a usted dónde y cuándo podrán encontrarlo para cumplir con la Iglesia...

(El sacerdote, sonriéndose, después de algunos instantes de silencio...)

—Y usted, querido amigo, ¿cuándo cumple?...

(El caballero, sorprendido:)

—No se trata de mí... Ya he dicho a usted que vengo de parte de mi mujer y de mi hija...

(El sacerdote, con seriedad:)

—Y usted, ¿cuándo cumple?...

(El caballero, visiblemente disgustado:)

—De modo que insiste usted?

—Ya lo creo que insisto.

—Si quisiera usted que habláramos de otra cosa... (Momentos de silencio.)

* *

(El sacerdote levanta la cabeza.)

—Y, ¿por qué hemos de hablar de otra cosa?...

—Porque sería difícil que nos entenderíamos... Porque le aseguro a usted con toda sinceridad que quisiera yo conocer los motivos, sin duda respetables, a que obedece una persona, que me es tan querida, para no tener religión verdadera...

(El caballero, levantándose precipitadamente...)

—¿Cómo sin religión?... Se engaña usted de medio a medio... Yo no tendré la religión de usted... pero tengo una religión... tengo mi religión...

(El sacerdote, moviendo la cabeza...)

—Y... ¿se puede saber qué religión es esa?

—Sí... ya que me ataca usted en mis propias trincheras. Soy sencillamente espiritualista... Es decir, que en la lucha de la vida he arrojado mucho lastre; pero he conservado lo esencial... ¡Dios!... ¡el alma!... ¡la vida futura!...

(El sacerdote, estrechándole las manos en un impulso de conmiseración...)

—¡Muy bien!... ¡Muy bien!...

—Lo mismo que yo opinan millares y millares de personas...

—Perfectamente...

—Y, ¿no le parece a usted bastante?

* *

—(El sacerdote toma el jarro, llena de agua la tacita vacía y la muestra a su visitante:)

—¿Es esto café?

—(El caballero, admirado:)

—Claro está que no... pero la verdad es que no comprendo...

—Ahora comprenderá... No es café; pero lo parece; porque con los posos del fondo de la taza se ha teñido el agua de negro... Pues bien, amigo mío, su espiritualismo de usted es una religión de este género... un Dios vago... un alma vaga... una inmortalidad vaga... ¿Cómo quiere usted que esa vaga mezcla pueda satisfacer a una conciencia humana?

Porque la religión, amigo mío, es la vida e influye sobre nosotros en todos los momentos de la existencia de un modo imperativo y soberano: ¡No robes... no mates... no te divorcies... no trabajes en domingo... cumple con la Iglesia... ama a tus enemigos!...

Pero ese Dios del espiritualismo a

que usted se refiere, ¿qué consiente? ¿Qué prohíbe? ¿Quién tiene derecho para asegurar que lo conoce y por qué lo conoce para imponerlo a los demás? Y no añadamos que ese Dios ha servido para justificar todas las causas por injustificables que éstas hayan sido...

—¿Dice usted que todas?

—Y lo vuelvo a decir, todas. ¿No recuerda usted el entusiasmo con que Robespierre, la más siniestra de las fieras del 93, estableció la fiesta del Sér Supremo? Y por otra parte... Si en las horas terribles de la vida, en las horas del sufrimiento, de la desesperación, del estallido de las pasiones, cuando el hombre tiene que apretarse con ambas manos el corazón para contener sus latidos, apenas bastan a consolarnos o a mantenernos en la senda del deber, Jesucristo clavado en la Cruz y la Iglesia con sus implacables preceptos, ¿qué podrá hacer ese Dios vago, vagamente perdido en su vaga eternidad?

...Y si todo esto para usted, como individuo, significa poco, ¿cabe afirmar lo mismo de las muchedumbres que necesitan siempre de un nombre prestigioso, de un programa preciso, de un ideal indiscutible?... Ya ve usted que su religión es una fantasía y hace falta buscar otra que responda mejor a las realidades y a las exigencias de la vida... (Momentos de silencio.)

* *

El caballero, con aire pensativo.

—...Y es claro. Usted me propone la suya.

—¿Conoce usted alguna mejor? Y después de todo... si es también la suya... ¿Es que ha renegado en absoluto de ella?

—No... lo repito... Yo tan sólo he arrojado por la borda, lastre considerado como inútil...

—¿Y sabe usted cómo se llama ese lastre? ¡Pues se llama Jesucristo...! ¡Ahí es nada!... ¡Se llama la Comunión!... el acto principalísimo del cristiano, la más hermosa demostración,

de nuestra fe... Señor, todo lo admito, acepto a Vos!... Vos constituís el lastre... ¡Encantador, encantador!... ¿Y se atrevería usted a decir eso a la pequeñita que se prepara en estos días para hacer su primera Comunión?...

—Pero es posible ser cristiano sin necesidad de cumplir con la Iglesia.

—Sí; ¡lo mismo que es posible construir una iglesia sin altar! Usted, amigo mío, no habla en serio...

—Yo de buen grado comulgaría; ¡pero se oponen a ello tantas dificultades!...

—¿Cuáles?... Precíselas usted si puede... Dios lo ha creado a usted libre y no puede, sin contradecirse, presentarle las verdades de la fe con la evidencia de los axiomas geométricos, porque entonces, ¿qué mérito habría en creer?... Vamos, respóndame con franqueza...

—Cuenta usted con ella.

—Pues bien: si usted se encontrara enfermo... pero enfermo de veras... es decir, en inminente peligro de muerte... y yo, como buen amigo, fuera a visitarle... y le rogara que cumpliera sus deberes de cristiano, ¿se haría usted sordo a mi ruego?

El caballero, con viveza:

—No me haría. Puede usted creerlo.

—Es decir que se confesaría usted...

—Me confesaría, porque me parece lo más seguro.

—¡Entonces, acabemos de una vez! Expóngame una razón admirable... una sola, para retardar hasta la última hora la confesión, cuando para adelantarla militan tantas otras...; la principal de ellas el odio de nuestros enemigos...

...Si en un día, para usted de supremas aflicciones, viera llegar a su casa a un antiguo amigo que hubiera dejado de visitarlo hacía tiempo y le dijera: «Hace años que no te veo; pero he sabido tus infortunios y aquí me tienes a tu disposición.» ¡Cuánto no agradecería usted tal visita y tal ofrecimiento!

Pues bien, amigo mío; para Jesucristo en Francia ha llegado el día de las aflicciones.

Y puesto que usted asegura que en las postrimerías de su vida habría de reconciliarse con El, cuánto más vale, en este día de sus amarguras, en esta hora de sus tristezas, tenderle los brazos diciéndole con el corazón:

—No quiero esperar a que triunféis de vuestros enemigos... No quiero resistir a vuestra gracia hasta el último instante; porque la existencia sin Vos no tiene significación alguna... Vos sois el Camino, la Verdad y la Vida... ¡Aquí me tenéis!...

—¡Una vez más me vencisteis, divino Galileo!...

(El caballero, muy pensativo, hace tiempo, fija la vista en la ventana, contemplando, a través de los transparentes visillos, las estrellas que,

poco a poco, se van encendiendo en el cielo del crepúsculo.

De pronto, parece adoptar una súbita resolución y se vuelve hacia el sacerdote.)

—Pero... ¿puede usted confesarme aquí, en este comedor?

—Ya lo creo...

—Nunca... nunca pudo ocurrírseme que mi visita tuviera este desenlace...

(El sacerdote, muy serio.)

—¡Ay, amigo mío! Estos desenlaces inesperados constituyen, desde San Pablo acá, el secreto de Jesucristo.

PIERRE L'ERMITE.

Reina de amor

No tengo más flores,
¡Virgencita mía!...
que los pensamientos de mi amor callado,
del amor que siempre te canté en mis rimas.
Sólo sé decirte
que en mi pecho anida
con tu imagen pura que mis sueños de oro
perfumó el cariño de inocentes días.
Sé que en tus altares
flores depositan;
sé que en esas gradas... notas y oraciones
suben confundidas...
iris de fulgores... que son el consuelo,
margaritas blancas... que son la alegría.
Hijas de la aldea
visten tu hornacina
y roban al prado sus galas de Mayo
y alfombran el suelo que tus plantas pisan
castas azucenas... con sus gotas de oro
ricas clavelinas...
que quisieron llevarte con ellas,
¡tierna madre mía!
pureza... sin mancha,
amor... sin espinas,
De niveas acacias... vistoso follaje
guirnalda que cubren la esbelta cornisa...
¡primaveras eternas del alma
si a tiernos amores sonrían la vida!

... Yo no tengo flores... que se fueron ellas,
que son... Virgencita,
pedacitos del alma prendidos
que nunca se olvidan.
porque sé que en las zarzas quedaron
y sé que me faltan... y guardo la herida.

Yo no quiero, madre,
que flores me pidas...
que no tengo otras...
¡Virgencita mía...!

que tu amor como perla en la concha
que tu imagen adentro escondida...
Un día... mi madre me dijo a tus plantas
poniendo en mis labios plegaria sentida...
... ¡No la olvides jamás... hijo mío,
que es Madre divina...
y es más madre... que yo... la del cielo
y es más buena que todas... María!

El manto azulado... la túnica blanca,
al pecho plegadas... las manos benditas,
los ojos al cielo... flotando en la nube;
parece que subes tu senda divina...
y olvido mis penas... mirándote, Madre,
¡casta Virgencita!...

¡Tan lejos del mundo... cuando estoy contigo!
¡Tan cerca del cielo... cuando tú me miras!
Yo beso llorando
tus aras floridas,

y tengo cariños que viven muy hondo...
y a ti te los cuento, que nadie podría
saber por qué lloro, saber por qué fingen
mis ojos sonrisas...

¡Que tú eres muy buena... me dice el consuelo!
que gustas a veces te lleven espinas
y yo te las traigo... dejándote el alma
en besos y rimas!

A. GILLIN.

Cuento con moraleja

Al ensillar su caballo, con objeto de trasladarse a cierta ciudad distante, notó un viajero que faltaba un clavo en una de las herraduras del brioso animal.

—Es poca cosa—se dijo, y emprendió la marcha.

No había llegado aún a la mitad del camino, cuando el caballo perdió la herradura. Esta, de paso sea dicho, lo había advertido a tiempo, pero el jinete ignoraba el refrán que dice: «Herradura que chacoletéa clavo le falta».

—Si hubiera por aquí una herrería, en un dos por tres quedaba subsanado este pequeño inconveniente. En fin, con las tres herraduras que quedan, llegaremos a la ciudad.

Poco a poco, pasando por una parte del camino pedregoso, el caballo se lastimó el casco y empezó a cojear lastimosamente. Momentos después ya no fué posible avanzar.

En tal circunstancia, dos ladrones salieron del bosque. Al verlos dirigirse resueltamente hacia él, pensó el imprevisor viajero:

—Si el caballo no estuviese cojo, me reiría de estos bergantes; él es ligero como el viento...

Y los ladrones despojaron al viajero de cuanto tenía y aún dieron buena cuenta de la silla, freno, etc., no llevándole la cabalgura porque no podía andar.

Moraleja: Queda confirmado que por un clavo se pierde la herradura, por la herradura el caballo, por el caballo el caballero... Imaginad ahora, amigos míos, que en el viaje de la vida, se caiga un clavo de una de las herraduras de nuestro caballo...

PROBLEMA CURIOSO

La guerra cuesta a Francia hasta 1.º de Marzo 45 mil millones de francos.

Si esta enorme cantidad se reuniera en sola plata ¿cuántos trenes de carga se necesitarían para llevar el montón o monte que formaría?

Esto puede verse con una sencilla operación.

Suponiendo que el franco pesa cinco gramos como la peseta española, tendremos que cuarenta y cinco mil millones de francos, dan doscientos veinticinco mil millones de gramos: que son doscientos veinticinco millones de kilogramos: que son doscientos veinticinco mil toneladas: que a diez por vagón, son veintidós mil quinientos vagones: que a cincuenta por tren son cuatrocientos cincuenta trenes.

Se necesitarían, pues, para llevar la plata que cuesta la guerra a Francia 450 trenes de 50 vagones cada uno, con una carga por vagón de 250 quintales comunes.

¿Cuánto costará al fin? Esperemos que todo se dirá.

¡Oh! Aquella Francia que despojaba de sus bienes a los religiosos y los desterraba; después de despojar a los bancos y a los particulares, ha tenido que hacer empréstitos en el extranjero, y ya no los encuentra para dar de comer a sus soldados. ¡Justicia de Dios!

Cervantes y los gitanos

(SUCESO DE 1912)

Un diario de Valladolid publicaba en folletín la hermosa novela del príncipe de los ingenios, Cervantes Saavedra, titulada *La Gitanilla*.

En los alrededores de la capital habita una tribu de gitanos.

El jefe de ella es hombre *instruido*, y al ver el folletín de Cervantes compraba diariamente el periódico para leer la novela a su gente, agrupada bajo las tiendas de campaña.

Todo iba como una seda hasta el otro día en que, durante la lectura, la tribu en pleno protestó contra frases de Cervantes que creyeron desprestigiosas para la clase.

El jefe de la tribu calmó los ánimos, jurando lavar con sangre las ofensas inferidas a los *cañis*.

Y dicho esto, cogió sus armas y se encaminó a la redacción de lo que él creía libelo infamante.

Preguntó el gitano por el director, y al ser recibido por éste le pidió que rectificara los conceptos injuriosos que para la *clase* se publicaron en la novela *La Gitanilla*.

El director, casi sin poder contener la risa y viendo que el gitano acariciaba el puño de un cuchillo-goliat, le dijo que de todo cuanto se publicaba en el periódico era responsable su autor, como rezaba en la cabecera del periódico.

El gitano lo leyó y quedó convencido, por lo que pidió el nombre del novelista.

El director dijo: «D. Miguel de Cervantes Saavedra.»

Entonces el gitano se apuntó en una libreta de cuentas este glorioso nombre y pidió su domicilio.

El director, sin inmutarse: «Pues vive en el Parnaso, primera habitación a la derecha, así como se entra.»

El gitano entonces se marchó muy complacido de las atenciones del periodista, y jurando que le partiría de una puñalada el corazón a Cervantes, allí donde le encontrara.

No hay por qué decir los comentarios que se hicieron sobre tan regocijado incidente.

La blasfemia

Los periódicos católicos de Murcia han reproducido la circular de 1.º de Diciembre de 1913, que publicó el gobernador civil de aquella provincia señor Varela, castigando con la multa que previene el artículo 22 de la ley provincial, el vicio de la blasfemia.

He aquí algunos de los párrafos del mencionado documento:

«La blasfemia causa horror en la mujer y vergüenza en el hombre, por la desproporción que resulta entre el ofensor y lo ofendido.

Es un desahogo ridículo y pueril, que no acumula patrimonio ni produce satisfacción.

Es un alarde inútil de repugnante despreocupación, porque no sosiega el espíritu ni mengua el dolor; no alivia la pena ni calma las pasiones, ni, en fin, mitiga las grandes ni pequeñas tribulaciones de la vida.

¿Por qué entonces se blasfema? Por ineducación y por funestas y deplorables tolerancias.

Blasfeman los jóvenes, porque sus

padres no se recatan de proferir ante ellos palabras que ultrajan la decencia y abrasan los labios.

Blasfeman los adultos, porque es el lenguaje usual y corriente de la sentina donde se enerva el cuerpo y se deprime el espíritu.

Y jóvenes y viejos, ignorando muchas veces el daño que causan, lanzan diariamente en la plaza pública gérmenes de una epidemia más grave y funesta tal vez que la que corrompe el cuerpo.»

Antes y ahora

¿Qué ha dado la religión a España en orden a las conquistas nacionales y extranjeras?

En primer lugar, por la religión tenemos tierra que pisar; sin ella ni hubiéramos luchado siete siglos por conquistarla, ni *España sería de los españoles*.

En segundo lugar, la España católica conquistó un imperio más grande que el actual de Inglaterra, como que ocupaba la tercer parte del planeta.

En los tiempos de la España católica, cuando algún personaje político no obraba como Dios manda, se le aplicaba la ley a las costillas: aunque fuesen unos bienaventurados se les residenciaba hasta que probasen que sus gestiones no tenían gato encerrado; y si dejaban que desear se les llevaba a la horca, como a D. Alvaro de Luna y a don Rodrigo Calderón.

Pero desde que la *libertad* viene reinando en España, poco a poco hemos ido perdiéndolo todo y no ha muchos años perdimos un imperio en América y Oceanía con *once millones de súbditos* que regalamos liberalmente.

Decía González Bravo que el ideal de la política sería ahorcar un ministro: con todo, a los ministros que entregaron las colonias, se les ha vuelto a entregar los destinos de España, sin duda para que acaben con ella; aunque gracias a que España es tan grande, decía un inglés, que a pesar de que quieren sus gobernantes concluir con ella, no pueden.

Es que antes gobernaba el rey con el pueblo; y ahora gobiernan el ministro y el cacique y el alcalde de monterilla, poniéndose a España por montera.

Charla

—Sí, hay por estas tierras más ignorancia en cuestiones de religión que en esas otras que van a evangelizar nuestros abnegados misioneros.

—Verdaderamente es así, y cuanto de ello se diga es poco; no parece sino que no existen medios abundantes y fáciles de instruirse en lo que más importa conocer al hombre. Lecturas sanas, católicas, a granel, libros piadosos interesantísimos, sermones frecuentes, etc., etc.

—Pues con todo y con eso, saben menos de Cristo y su santa doctrina muchos católicos que los más incultos salvajes.

—Si leen, si oyen de religión no se fijan, parecen no interesarse, y no es

que sean torpes ni descuidados, que en murmuraciones y negocios de más o menos cuantía bien demuestran su ingenio y disposiciones observadoras.

—Por eso esta ignorancia es culpable y de ella tendrán que dar cuenta a Dios en su día. ¿No es culpable, por ejemplo, la de aquel que teniendo en sus manos con frecuencia periódicos y libros que las explican, refutándolas, extensa y claramente, todas esas objeciones vulgares contra la religión y sus ministros, incurre en ellas barbarizando de una manera soez y escandalosa? ¡Y aun se las quieren echar de entendidos, cuando lo que vienen a demostrarnos es su ignorancia estúpida queriendo dar lecciones a los doctos y metiéndose a resolver de golpe y porrazo asuntos para los que se requiere detenido estudio!

—Esta clase de tipos y *tipas* abunda. No gurgutan si se habla de matemáticas, de física, de botánica, de química, etc., etc., porque ni siquiera conocen por el forro tales ciencias, pero en tratándose de religión, ya es otra cosa, no la han estudiado, es más, apenas la conocen y sin embargo meten baza en todo lo que a ella se refiera. Los verdaderamente instruidos se ríen de tales entes.

—Sólo los ignorantes como ellos les oyen con la boca abierta y mejor que a los que les argumentan con razones y verdades de peso, y ¿sabe usted por qué? porque llevando ya su corazón un poquito inclinado al mal, gustan más de quienes les dicen «no seas tontos; gozarla aquí que ese *más allá* nadie lo ha visto. No creais tampoco en la virtud de nadie, todos son unos tales y unos cuales. Los curas, los frailes, las monjas, los católicos todos, hipócritas y nada más que hipócritas»...

—¡Ignorancia malvada!

—Muy distinta de la de esos otros que son ignorantes a la buena de Dios, como suele decirse. Hablaba yo en cierta ocasión con un aldeano, buen hombre por cierto, en mi despacho, de «cosas de Iglesia» y ví en él un desconocimiento absoluto en lo más principal de religión; algunas de sus observaciones me daban risa y otras pena, tanto que hube de preguntarle:—¿Usted nunca oyó un sermón?—No, señor; voy a misa los domingos y días festivos, cuando se tercia y nada más; en mi pueblo no hay predicaciones.—¿Nunca ha leído un periódico católico?—No sé leer.—¿No se los leen tampoco?—Y quién, señor, si en mi pueblo a casi todos *nos estorba lo negro*. Dende por la mañana hasta la noche que nos acostamos mayados como grano de molino no hacemos otra cosa que atender a la tierra y al trato del ganado.—¿Qué hace el Párroco?...—¿El... Párroco?... El Cura querrá usted decir?—Sí, el señor Cura.—Pues... qué si yo... él tiene periódicos y libros mu grandes, pero son pa él solo... y pa el maestro.

—Debieran acordarse de la parábola del Sembrador...

Era un buen hombre, digo, aquel aldeano y respetuoso con las cosas de Dios, como él decía, pero ¡qué ignorancia, qué ignorancia de esas mismas cosas! ¡Ni aun sabía por qué habían crucificado a Cristo! Cuando yo se lo pregunté, porque vino a cuento, me dijo que según uno muy leído que había estado en el pueblo a echar un mitin, pa las elecciones, había sido por ser socialista y que le habían matado ¡los clericales! Más confusión imposible.

—¡Cómo dejan muchos pastores que venga el lobo a destruirles el ganado! ¡Cómo aprovecha el demonio el sueño del buen Sembrador para colocar la zizaña!

—Pues con ser tanta la ignorancia religiosa de ese pobre aldeano, no es de maravillar si tenemos en cuenta que en nuestras mismas ciudades los hay que están al mismo bajo nivel.

En uno de mis viajes a Oviedo entablé casualmente conversación tirada con otro viajero cuyo aspecto y modales acusaban «persona fina». Era efectivamente entendido en muchas materias, pero en cuestiones de Religión estaba ignorante del todo.

—Como muchísimos ilustrados del día.

—Y menos mal que no le dió por barbarizar. Exponía con noble franqueza sus argumentos, sus inclinaciones, pero, como hombre razonable, concluía por asentir a mis impugna-

ciones encontrándolas dignas de respeto y acatamiento.

Entre otras muchas cosas importantes del Catolicismo que le expuse con toda la claridad que me fué posible y de las que hago a usted gracia por que las sabe tan bien como yo, y por no cansarle, le hablé de la bondad de la Doctrina de Cristo, de los Mandamientos de la ley de Dios, preguntándole qué había para despreciar todo esto.—Nada, nada, me dijo, eso es altamente de humanidad y divino. Le hablé de cuánto ha hecho siempre y hace la Iglesia Católica por el bien social y sus instituciones benéficas, infinitamente mejores y más eficaces en sus distintos objetos que las pocas, oficiales, creadas por los impugnadores de esa misma Iglesia. Efectivamente, me dijo, cuanto de bueno se conoce en favor del obrero y por el alivio del pobre lleva el sello católico.

Para concluir, porque íbamos ya llegando a Oviedo, le hice observar que cuantos combaten la Religión Católica es o porque no la conocen o porque son viciosos. Yo pudiera citarle a usted, le dije, muchísimos que habiendo tomado con empeño su estudio para combatirla mejor, concluyeron por convertirse a ella, y fíjese usted en este otro detalle muy significativo: ¿conoce usted algún granuja que hable bien del Catolicismo? ¿Sabe usted de alguna persona verdaderamente ilustrada y de estrecha conciencia que abomine del Catolicismo?

Nos despedimos amigablemente. Él iba muy preocupado y no dejó de agrardarme lo que le vi hacer, ya separado de mí y sin que pudiera verme. Sacó del bolsillo de la chaqueta dos periódicos, los rompió y los arrojó al suelo. Eran el «Heraldo de Madrid» y «El Liberal».

La fortuna no constituye la felicidad

Pullmann, el opulento norteamericano dueño de los espléndidos vagones de los trenes de lujo que llevan su nombre, decía: «Ahora no soy más feliz que cuando tenía que trabajar día y noche para ganar el sustento. Entonces hacía tres comidas al día con gran apetito; ahora me lo ha hecho perder, así como el sueño, las muchas preocupaciones que me originan mis negocios.»

«Mi fortuna me aplasta, escribía el multimillonario Vanderbilt, y no me proporciona ningún placer ni me produce bien alguno. ¿En qué puedo decir que soy más feliz que mis modestos vecinos? Ellos disfrutan más que yo de la vida; su salud es mejor que la mía; su responsabilidad menos pesada y mucho más insignificantes sus preocupaciones; así es que vivirán más tiempo y más felices que yo, seguramente.»

Correspondencia administrativa

La Sra. D^a D. C. y J., de Gijón, nos ha remitido 2 pts. para ayuda de gastos extraordinarios.—¡Dios se lo pague!

Imp. de Lino V. Sangenis.—Gijón

PAÑOS Y NOVEDADES LA SIRENA

Corrida, 86 y 93

GIJÓN

Talleres de Construcción y Reparación
de Maquinaria de

Saez, Pérez y Compañía

Barrio del Tejedor, Teléf. 453.—Gijón

Material completo para panaderías, chocolaterías y fábricas de curtidos. Fundición de bronce de todas clases, Robinería, Reparaciones de buques y maquinaria general.

IMAGENES Y ALTARES

Para adquirirlos recomendamos los laureados y acreditados talleres de

JOSE TENA

BAJADA PUENTE DEL MAR, 1
VALENCIA

No dejar de consultar esta casa.

BANCO DE CASTILLA

SOClEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1857
Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

Acebal, Rato y Comp.^a

FUNDICIÓN DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJÓN

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra, evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc.

:: MAURO ENTRIALGO ::

Agente de Negocios, matriculado

Gestión y despacho de toda clase de asuntos en las Oficinas públicas de toda España. Administración y compra-venta de fincas. Préstamos hipotecarios. Seriedad, actividad y reserva absoluta.

Despacho: San Bernardo, 96.—GIJÓN

FABRICA DE ORNAMENTOS Y ARTICULOS DE IGLESIA

de JOSE SALA BRUNET

calle de la Canuda, núm. 9.—BARCELONA

Csullas y ternos completos, de damasco y tapicería, desde lo más sencillo a lo más rico que se pida, tanto en tejidos como bordados.

Se bordan estandartes, banderas y túnicas para imágenes, en oro y sedas, a precios módicos y tan buenos como se deseen.

FUNERARIA DE

Hijos de Feliciano Rodríguez

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40.—GIJÓN—Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

—: Prontitud, esmero y economía :—